

Días de diario

Antonio Pereira

1977 Polop de la Marina, enero. Escribo. Largos paseos por esta tierra levantina. Todo bien. Claridad en el problema de El huido (ya veremos cómo termina llamándose esta novela, e incluso a saber si habrá novela). No digo que tenga claridad en cuanto a la solución del problema, sólo en la existencia de éste. Creo que soy dueño de una buena -¡espléndida!- historia. Bien. Domino el lenguaje para escribir esa historia. Bien. Pero no me siento seguro en la carpintería. Por supuesto, conozco las técnicas, quizá demasiado, pero sé que sólo hay una que sea buena para esta ocasión. Y no sé cuál es. La historia -¡pero no perderse, no extraviarse entre tantas ocurrencias como a uno le vienen!- es ésta:

José María Losada viene de Tubinga. Es un hombre egoísta.

Es esteticista.

La Guerra Civil del 36 le es ajena. Creo que la guerra no debe salir hasta avanzada la novela, o sea, que el ordenamiento de la narración debe favorecer la impresión en el lector de cómo el tema de aquellos acontecimientos va entrando insidioso en José María Losada hasta llenarlo e involucrarlo y entremezclarlo con la personalidad de su tío Jacobo Losada. País de los Losadas, no estaría mal el título. Es entonces cuando José María empieza a cambiar en sus sentimientos -¡éste, éste es el meollo de la novela!- y podría cambiar, incluso, la tesis universitaria en que trabaja.

(Postdata. Después de escritas estas líneas he leído unos fragmentos de Los novelistas y la novela, de Miriam Aliar. Un novelista le escribe a un amigo confesando su tormento por el trabajo de controlar el material de sus novelas. "Siempre que escribo una novela, la inundo con un montón de historias y de episodios sueltos, y el conjunto está, por tanto, falto de proporción y armonía". Esto lo dice un tal Feodor Dostoievski. Es un consuelo).

León, setiembre 1991. A veces viene un periodista y te pregunta: ¿Usted para qué escribe?- Esperan una respuesta de altura, metafísica. Uno suele tener un pequeño surtido y emplearlo según la ocasión. Más de una vez he dicho -y no es del todo broma-

que para comer y beber con los amigos. Estos días hay jornadas, en esta Universidad, las organiza el profesor Francisco Martínez. Lo mejor, para mi, "la mesa redonda" (lo era, literalmente) en el restaurante, cenando con Paco y unos compañeros de mi gusto. Javier Tomeo es un tipo rudo, cabeza cuadrada y bien se la ve que poderosa, contaba las dificultades de su carrera literaria hasta que lo descubrieron en el extranjero. Eugenio de Nora, que en Berna no contestaba a las cartas (se lo reproché otras veces), es afectuoso en persona, todos nuestros encuentros son reválidas de la amistad que nos une desde los espadistas años cuarenta. Y el trato de Ricardo Senabre, también compartiendo mantel y vino riscante de la tierra, rima con el reconocimiento unánime que ha conseguido su figura de crítico de primera fila. Para mayor ventura de todos, con Ricardo estaba Marcela, su mujer, que trabaja la lexicografía. Con estos Senabre, nunca mejor lo de quien quiera saber vaya a Salamanca.

Madrid, diciembre 1993. La primera vez que leí un texto de Carver -¿Por qué no bailáis?, me pareció soso y simple, creo que a eso lo llaman minimalismo Pero el cuento no acababa de marcharse de mi memoria, y volví a ver qué había allí. Había algo, y me resultó irritante que después de la segunda lectura tuviera que hacerlo una tercera: Un hombre indiferente y desanimado ha puesto en almoneda sus muebles y enseres, pasa una pareja joven y alegre que los mira, tantean la solidez de la cama, regatean y compran. Un lector descuidado no ver más que eso. Un lector cómplice descubre que el texto de Carver es una transparencia, que debajo de la anécdota trivial está el amargo desmoronamiento el un matrimonio.

Desde entonces compré todos los libros de Carver que me salieron al paso Pero hoy, decepción. *Un sendero nuevo a la cascada*- Últimos poemas es un muestrario corto de poesía que no daría para un volumen de mediano cuerpo. Entono: el autor y su devota -e industriosa- compañera organizan esta entrega, con el curioso expediente de incluir páginas y páginas de otros autores, sobre todo el Chéjov:

HUMO Y DECEPCIÓN

Cuando después de la cena Tatiana Ivanovna se sentó en silencio y cogió su labor de punto, mantuvo los ojos fijos en sus dedos y charló sin cesar.

-Daos toda la prisa que podáis por vivir, amigos míos... "

-dijo- ¡Dios perdonará que sacrificuéis el presente

por el futuro! Ahora hay juventud, salud, fuego: ¡el futuro es humo y decepción! En cuanto tengáis veinte años, empezad a vivir".

Tatiana Ivanovna dejó una de las agujas de hacer punto.

ANTÓN CHÉJOV

El consejero privado

Esto es de «El consejero secreto» o «El consejero privado» del cuentista ruso, sólo que allí va todo seguido y aquí, en el libro de Carver, entrecortado en versitos y versículos. Y es que al cuentista de Oregón -justifica en prólogo su mujer- Antón Chéjov le parecía un alma gemela, «como si Ray [Raimond Carver] en cierto modo se hubiera ganado el permiso a lo largo de toda una vida de admiración para tomar posesión de su obra [la de Chéjov] con la audacia del amor».

Pero que mucha audacia. Así, cualquiera.

La Coruña, 1994, setiembre. Cuando en La Coruña fallaron a mi favor el premio de narrativa -Torrente Ballester-, un columnista de León, o de Castilla y León, titulaba: «Los gallegos quieren a Pereira-. A saber con qué intención.

No sé si quería decirse: nosotros le tenemos cariño a Pereira, o si había que leer en clave reivindicativa: Pereira es nuestro y Villafranca del Bierzo y el Bierzo entero también, esa gaita de la quinta provincia gallega. Por la mañana en el aeropuerto me esperaba un coche de representación y de allí me llevaron a la suite regia en el hotel María Pita frente al mar de la playa de Orzán. Iba a ser la presentación de *Las ciudades de Poniente*, y con puntualidad se celebró la ceremonia. Sobre la mesa presidencial los primeros ejemplares del libro. Tomé uno en mis manos con tanto mimo como si de un hijo recién nacido se tratara, y eso que ya voy siendo padre -en el ISBN- de familia numerosa...

En el Casino hubo la cena oficial que ofrece el presidente de la Diputación. Con mucho protocolo, a Torrente y a mí nos sentaron en el sitio de preferencia, y yo apenas sabía qué decir, envarado por aquella obligada intimidad con el maestro de *Los gozos*

y *las sombras*. Pero bastó el albariño abriendo el camino y sobre todo, la naturalidad cordial de mi vecino de mesa, para que la ocasión coruñesa se me hiciese corta.

Los demás comensales nos verían muy animados y acaso alguno imaginaría que Torrente y yo hablábamos de temas de mucha altura intelectual y literaria. Luego diré de lo que hablábamos. Entre los compañeros de mesa estaban, por ejemplo, César Antonio Malina, de quien sobresale la cabellera rebelde, y el crítico exigente pero cordial que es Ángel Basanta, y el catalán Roberto Saladrigas (*La Vanguardia*), y Pedro Sorela (*El País*), y el ferrolano Ponte Far, y destacadamente la novelista Elena Quiroga...

Bueno, pues lo que nos ocupó con mucho interés a Gonzalo Torrente Ballester y a un servidor no fueron los temas que acaso pudieran sospecharse: esos secretos de la ficción que encandilan a los teóricos. Nada de discurso diegético, del punto de vista, del narrador omnisciente. Ni siquiera tocamos aquella racha de experimentalismo que movió *La Saga/fuga* o *La isla de los Jacintos Cortados* (y, si se me permite, *mi País de los Losadas*). Don Gonzalo, que al llegar al plato de pescado era ya Gonzalo, y yo, nos cebamos en la historia de nuestras propias miserias corporales, que se nos revelaron muy parecidas. Las cervicales. Las jodidas vértebras duelen, y es malo. Pero peor es cuando las da por mandarte mareos y tienes que echar mano del bastón o contar con el apoyo discreto de un brazo amigo. Salió a relucir la tensión, la frase hipócrita de los amigos de la buena mesa: «Un día es un día», y lo decimos todos los días. Pero donde más nos detuvimos fue en la vista.

-Admiro tu manera de acostarte a oscuras con el magnetófono al lado y dictarle maravillas al aparato -le dije a Gonzalo-. Yo tengo que sentir la pluma como una prolongación de mí mismo.

-La miopía no es una gran desgracia -dijo el maestro-, te deja ver un mundo donde las fealdades más hirientes están mitigadas. Por fortuna, la actividad de un escritor es pensar, imaginar, y eso se hace en terreno próximo, incluso acostado, según tú dices.

-Como el amor -se me ocurrió decir. Y para hacerlo más gráfico cité a Góngora: «A batallas de amor, campo de pluma».

O sea, un buen colchón Flex, iba a añadir en plan gracioso. Pero mejor no meterse en ese jardín. Todos saben que Torrente Ballester, junto a sus muchas dioptrías, tiene una gran capacidad genesíaca.

2006, León

CRÉMER CUMPLE 100 AÑOS

Victoriano quiere decir raíces.

Las tenía en León, vecino de la Virgen

Del Mercado y la mujer redonda y las carbonilleras

y oh milagro lo estudiaban más lejos que el Japón.

Poeta universal.

y otro milagro, venía un poncio nuevo

y había que informar a su excelencia: ese tal Victoriano

Famoso, peligroso, lirirrojo

Ni tocarlo, le pones un arresto

y esa noche te joden con protestas

En la BBC.